

MEDITACIÓN 11
V DOMINGO DE CUARESMA



La resurrección
Y LA VIDA

P. Juan Jaime Escobar Valencia, Sch. P.

“

Había caído enfermo un tal Lázaro, natural de Betania, la aldea de María y su hermana Marta. Lázaro, el enfermo, era hermano de ellas, y por eso las hermanas le mandaron un recado a Jesús: — Señor, aquel que tú amas, está enfermo.»

(Juan 11, 1.3)



oy contemplamos el relato de la resurrección de Lázaro. Antes de entrar en el Libro de la Gloria —la narración de la Pasión y Muerte de Jesús—, Juan nos lleva a una hermosa escena en la que aparece la última gran señal que prefigura el triunfo de la Vida y advierte ya el costo de ese triunfo que es la entrega total de Jesús. No se trata de un milagro. No es la versión joánica de la resurrección del hijo de la viuda de Naín o de la hija de Jairo. Aquí la resurrección no es sólo volver a vivir, sino pasar al verdadero vivir que es el vivir de Dios, un vivir que es Resurrección y Vida, un vivir que es Jesús mismo.

La Resurrección de Lázaro es el séptimo y definitivo signo antes de la revelación plena de la Gloria total. Éstos son los signos o señales:

- El agua transformada en vino en las Bodas de Caná
- La curación del hijo del funcionario real
- La curación del paralítico de la piscina de Betesda
- La multiplicación de los panes y los peces
- El andar sobre las aguas
- La curación del ciego de nacimiento
- La resurrección de Lázaro

Todos estos signos o señales son actos de amor y misericordia (en favor de unos esposos a los que se les termina su fiesta de bodas, o de un niño enfermo y su padre angustiado, o de personas con hambre o de unos discípulos con miedo y dificultad en el mar encrespado, o de un paralítico o de un ciego, o de un muerto y sus hermanas llenas de tristeza); pero, al mismo tiempo, son una manifestación y revelación de la gloria de Dios en Jesús. Justamente lo que suscita el rechazo de los judíos, es que lo absolutamente trascendente —lo divino— se haga transparente en la inmanencia de Jesús. Los judíos conocen la gloria de Dios; pero no la reconocen en la humanidad de Jesús, pues esta humanidad les rompe todas sus categorías. La gloria de Dios se manifiesta fundamentalmente en realidades que exceden al hombre: la luz y la vida. Por eso, Juan relaciona continuamente a Jesús, sus palabras, sus gestos, sus señales, con la plena revelación de la Luz

Divina y de la Vida Eterna en Él. En la escena de Lázaro, Jesús, quien entrega la plenitud de la Vida, habla de caminar durante el tiempo que dura la luz, que es Él. Así, Jesús es la luz verdadera del verdadero día y es la vida verdadera de la verdadera resurrección.

Miremos algunos elementos para contemplar la escena de la resurrección de Lázaro.

El contexto es el de un rechazo creciente hacia Jesús. El capítulo 10 ha terminado con un intento de retener a Jesús para matarlo y una huida de Él al otro lado del Jordán, en un lugar donde el Templo no tiene autoridad. El escándalo de los judíos ante la pretensión de Jesús de ser el lugar de la revelación y comunicación de la Divinidad, está llevando cada vez más a la determinación de matarlo. Paradójicamente, será su muerte la plena revelación y la plena comunicación de la Vida Divina.

Si bien los personajes de Juan tienen una clara misión teológica y acompañan la manifestación de lo divino en Jesús, eso no los convierte en personajes meramente literarios. No sólo en Juan, sino también en los Sinópticos, los relatos no pretenden únicamente contar una historia para que nos enteremos de ella, sino proclamar una experiencia de fe. Eso hace que los personajes no sólo sean protagonistas de bellas anécdotas, sino testigos de una revelación. Pues bien, Juan y Lucas nos comparten el nombre de dos hermanas que querían a Jesús: Marta y María. A ellas añade Juan un hermano querido por Jesús: Lázaro, cuyo nombre significa “aquel a quien Dios auxilia”.

La escena está marcada hondamente por la experiencia del amor. Ya Juan nos había hablado de lo tanto que Dios había amado al mundo al darnos su Hijo y luego nos revelará que no hay amor más grande que dar la vida por los amigos. En el centro de ese gran arco literario, la resurrección de Lázaro es ante todo una experiencia del inmenso amor de Jesucristo. Los signos del amor que el evangelista narra son muchos y muy conmovedores:

- “aquel a quien tú amas está enfermo” (11, 3): Juan usa para Lázaro los mismos términos que usa para designar al discípulo amado.
- “Jesús amaba a Marta, a su hermana María y a Lázaro” (11, 5): Juan deja en claro el amor de Jesús, aunque dicho amor parecería no corresponder con su tardanza para acudir.

- “nuestro amigo está dormido” (11, 11): Juan usa la misma palabra que utilizará en el capítulo 15 para referirse a la relación íntima de los discípulos con Jesús.
- Jesús llora y los judíos comentan: “¡cómo le amaba!” (11, 36): Juan nos muestra que el amor de Jesús por Lázaro no es sólo algo íntimo, sino algo manifiesto y notorio que se ve con evidencia.

De fondo están los dos grandes temas de la Luz (Jesús es la luz en la que se puede caminar sin tropezar) y de la Vida (Jesús es la Resurrección y la Vida). Estos dos grandes temas que acompañan este séptimo signo, esta séptima teofanía, se entretienen con la realidad de la fe en tres tipos de personas y la incredulidad y sus consecuencias.

- **La fe de los discípulos:** A las puertas de la Hora —el momento de la entrega total de Jesús por amor—, cuando dudarán y vacilarán, Jesús refuerza la fe de sus discípulos con un signo de su gloria. Él les revela que la enfermedad de Lázaro está puesta para manifestar la gloria de Dios y conocer la gloria del Hijo. La gloria de Dios es la comunicación de la Vida Divina y ésta se comunica a través de la entrega de Jesús, quien es el lugar donde se revela plenamente la gloria. Todo esto acontece en la escena de Lázaro. Jesús invita a sus discípulos a caminar con Él en la luz y ellos, a pesar del riesgo para sus vidas, le siguen mostrando un crecimiento de fe: “vayamos también nosotros a morir con Él” (11, 16).
- **La fe de Marta:** Marta toma la iniciativa y sale al encuentro de Jesús. En el diálogo con Jesús hay un bello crecimiento en su fe. Abrumada por la pena, el dolor y la ausencia (no sólo de su hermano, sino del mismo Jesús que no estuvo presente cuando Lázaro murió), Marta expresa su queja; pero con una hermosa apertura final a la confianza. Jesús la lleva a creer en la resurrección; pero ella se queda en las categorías judías de una resurrección del final de los tiempos. Jesús, entonces, le revela su gloria: “Yo Soy la Resurrección y la Vida”. Esto culmina en una profunda confesión de fe: “Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir a este mundo” (11, 27).
- **La fe de María:** María no toma la iniciativa, sino que es llamada por Jesús. Juan nos muestra a María aún más abrumada y apenada que Marta por la pérdida y la ausencia, tanto que parece no poder salir de ellas y se queda detenida en el

reclamo a Jesús. Sin embargo, María cae a los pies de Jesús, imagen que se prolongará en el capítulo 12, cuando habiéndolo entendido todo, quebrará el frasco de perfume y ungirá los pies de Jesús para la Hora de la entrega total.

- **La incredulidad de las autoridades judías:** Aunque Juan hará referencia a los muchos que creen en Jesús debido a este signo de la resurrección de Lázaro, lo más dramático es que justamente la señal más clara y radical de la gloria, deviene en la decisión del Sanedrín de matar a Jesús. Paradójicamente el Sumo Sacerdote termina reconociendo —profetizando—, que es Jesús quien con su muerte da vida a la nación y a la humanidad entera. Así, aun pretendiendo hacer daño, lo que hacen es dar cumplimiento a la voluntad del Padre de que el Hijo nos comunique la plenitud de la vida.

Como decíamos al principio, no se trata de una simple resurrección. Lázaro no es reanimado para luego morir. Lázaro pasa de la muerte a la vida, pues Cristo le comunica la nueva vida, la verdadera vida, la vida del Padre que Él y sólo Él tiene en plenitud. Hay tres elementos que vale la pena contemplar:

- Juan expresa con claridad la radicalidad de la muerte de Lázaro. Se trata de un muerto de cuatro días, totalmente muerto, que ya descende al abismo según lo enseñado por el rabinismo de la época. La definitividad de la muerte se señala incluso con el dato de que ya huele mal. Se trata no sólo de la podredumbre de la muerte física, sino de la podredumbre y destrucción de humanidad que causa el Pecado y que da mal olor.
- A pesar de lo acostumbrados que estamos a la frase coloquial “levántate y anda”, Jesús no le dice eso a Lázaro. Jesús grita: “Lázaro, sal fuera” (11, 43) En el capítulo 10 Jesús había dicho que Él era la puerta por la que se puede salir. Pues bien, por Él, a través de Él que es la puerta, Lázaro sale de la muerte y entra en la vida. Y esto lo hace llamado por un grito, un grito de Aquél que es la Palabra y que, al pronunciar el mandato, crea la vida en Lázaro. Aquí se cumple aquello que Jesús ya había anunciado que “había llegado la hora en que los muertos escucharían la voz del Hijo de Dios y al escucharla tendrían la vida” (cfr. Juan 5, 25).

- Aunque obviamente la resurrección es un signo del poder de Jesús que hace lo que le ve hacer al Padre, la resurrección de Lázaro no sólo es obra de su poder, sino, sobre todo, de su entrega. Jesús da su vida, para que Lázaro tenga vida. En Juan no hay narración de una oración en Getsemaní. La oración de entrega al Padre y las lágrimas, han sido trasladadas por Juan a esta escena de Lázaro y al capítulo 12 cuando Jesús se estremezca de nuevo y hable del grano de trigo que tiene que caer en la tierra y morir. Así las cosas, el versículo más corto de la Biblia, “Jesús lloró”, no hace referencia tanto al amor con el que Jesús amaba a Lázaro, sino al amor con el que por Lázaro y por todos nosotros entregó su propia vida, para que nosotros pudiéramos salir de la oscuridad de la muerte y pudiéramos pasar a la luz de la vida.

En este domingo de cuaresma, cuando afligidos por la epidemia sólo podemos participar de la Eucaristía a través de medios de comunicación, ofrezco esta reflexión sobre el texto evangélico de hoy. Es una impresionante coincidencia que hoy el enfermo no sea Lázaro, sino el mundo entero, y que hayamos tenido que llamar con urgencia a Jesús para que venga pronto a sanarnos. Y que, al parecer, se tarde un poco en venir. Pero sabemos que cuando venga, entregará nuevamente su vida entera, para que nosotros salgamos de la oscuridad de la muerte y pasemos a la luz de la verdadera vida. En todo caso, enviémosle todos este recado:

— Señor, aquellos que Tú amas, están enfermos.

“

Yo soy la Resurrección y la Vida:
el que tiene fe en mí,
aunque muera, vivirá;
y todo el que está vivo
y tiene fe en mí,
no morirá jamás.»

(Juan 11, 25-26)



®

Orden Religiosa de las Escuelas Pías

ESCOLAPIOS NAZARET

"Educación en Piedad y Letras"